

FRAGMENTOS

San Papías de Hierápolis

(Escritos alrededor del año 130)

INTRODUCCIÓN

*No es posible abrir un libro sobre cuestión tan importante como los orígenes de los Evangelios, sin tropezar con el nombre de Papías. ¿Quién fue este Papías? Los datos esenciales se reducen a lo que de él afirma San Ireneo y nos ha transmitido Eusebio: «Papías, el que fue oyente de Juan y compañero de Policarpo, varón antiguo...»¹ Obispo de Hierápolis, en Frigia, la actual Pamukkale turca, su nombre se hubiera desvanecido, como el de tantos otros afortunados oyentes del apóstol San Juan en tierras de Asia y de cualquier otro compañero del grande obispo de Esmirna, Policarpo, si el viejo Papías no hubiera tenido un buen día la idea de poner por escrito lo que oyera de estos y otros fieles testigos y ministros de la Palabra y compuesto sus cinco libros, que tituló: *Explicaciones de sentencias del Señor*.² Dicho en griego, se trata de la primera obra de exégesis, que en lo antiguo tenía el sentido de interpretación de lo que atañía al culto divino,³ a la explicación o comentario de las palabras del Señor.*

El hecho tiene significación decisiva. Si podían ya, a mediados del siglo II, escribirse cinco libros de exégesis (¡nadie piense, sin embargo, llevado del sonido de las palabras, en los gruesos folios de los comentadores posteriores!) de las sentencias del Señor, es que aquellas que en un principio fueron palabras aladas que de las montañas de Palestina o de las orillas del lago de Genesaret volaron a todas las tierras conocidas por la predicación apostólica, con la carga ingravida de gérmenes de vida nueva y divina, habían venido ya a posarse en las páginas de los libros inspirados que luego habíamos de llamar, tomando el continente por el contenido, Evangelios, o libros, Biblia, que contiene el solo y único Evangelio de la salud y redención por Jesucristo.

1 Eusebio, Hist. Ecl. III, 39.

2 *Logia* era la palabra clásica para indicar los oráculos o respuestas de los dioses y este sentido profano guarda todavía en castellano la palabra oráculo. De ahí que no me parezca bien hablar de «oráculos del Señor». En la lengua de los padres *logia* es «palabra divina» y se identifica con la Sagrada Escritura.

3 Apolo mismo, como inspirador de la religión, es el exégeta por excelencia para todos los hombres. Cf. Platón, Rep. IV, 427 C.: «Porque este dios, intérprete tradicional de la religión, asentado en el centro y ombligo de la tierra (Delfos) es el que guía a todo el género humano.» En Atenas había exégetas oficiales, a los que se consultaba en casos difíciles de derecho religioso. Véase Platón, *Euthyphrom*, 187, d. Acentúo siempre exégesis y exégeta, aunque no éste, lugar para justificarlo.

Y Papías es justamente quien suministra el más antiguo testimonio sobre la composición y autenticidad de los dos primeros. Nada se conserva que nos permita afirmar que conoció también el tercero. En cambio, como, según Eusebio, que pudo leer íntegra la obra de Papías, emplea éste testimonios de la carta 1.^a de San Juan, que hay que tener como preludeo del cuarto Evangelio, no puede razonablemente dudarse que también este fue conocido del varón antiguo, oyente que fue del propio evangelista.

Y, sin embargo, tampoco hay que concebir la obra de este lejano exégeta como labor de erudito, inclinado sobre un texto muerto, como Eliseo sobre el niño a quien trata de insuflarle vida, obra de la filología, que infunde espíritu a la letra. Porque si es cierto que la palabra del Señor, que es espíritu y vida, era ya palabra escrita, libro, Biblia, no sólo seguía, como sigue ahora, estremeciendo las páginas del Evangelio, como estremece el pájaro la rama en que se posa, sino que, fuera del libro, quedaba vibrando aún un eco vivo de ella en los muchos testigos y ministros del Verbo que pudo alcanzar e interrogar el viejo Papías. En el fragmento famoso, que verá luego el pío lector íntegramente traducido, nos habla, en efecto, Papías, de que más que los largos discursos amaba él la sencilla enseñanza de la verdad y más que las extrañas especulaciones, los mandamientos emanados directamente del Señor. De ahí su afán por informarse de los que habían oído a los apóstoles y su interés declarado, no tanto por los libros, cuanto «por la palabra viva y permanente», es decir, por la que se transmitía, con calor de vida, por los testigos que vivían hasta su tiempo.⁴

Todo lo dicho se refiere, en verdad, al intento y sentido de la obra de Papías. De su logro y realización, poco es lo que podemos afirmar, pues de ella solo nos han quedado escasísimos fragmentos, alguno de los cuales, quien sabe si por torpeza del mismo escritor, ha constituido y aún constituye una verdadera crux interpretum y servido de fundamento a más de una aérea construcción en la cuestión del «doble Juan» y los problemas que con él se relacionan. Lea el lector el fragmento. Como nosotros, lo leyó también Eusebio, que es quien nos lo transmite y el historiador de la Iglesia nos da su impresión en estas palabras:

4 Así interpreta, más bien que traduce, muy exactamente San Jerónimo el texto de Papías: «Non enim tantum mihi libri ad legendum prosunt, quantum viva vox, usque hodie in suis auctoribus personans». *De vir. Inl.* 18. Este amor de Papías por la palabra viva sobre la palabra escrita, le emparenta nada menos que con Sócrates, el gran hablador que no escribió una letra y con Platón que defiende en el *Fedro* (274, b y sigs.) la superioridad de la palabra sobre el libro. La cuestión es demasiado honda y nos llevaría, sin justificación posible, demasiado lejos, nada menos que a la eterna lucha de la letra y del espíritu.

«Conviene detenerse aquí en el hecho de que Papías enumera dos veces el nombre de Juan, de los que al primero le pone en la lista de Pedro, Santiago, Mateo y los demás apóstoles, con lo que claramente manifiesta tratarse del evangelista; al otro, en cambio, después de puntuar la frase, lo colca aparte, fuera del número de los apóstoles, poniéndole delante a Aristión y manifiestamente le da el nombre de «anciano» (presbíteros). De suerte que también por este testimonio se comprueba la verdad de la historia de los que dicen que hubo dos juanes en Asia y que fueron los dos sepulcros de Éfeso y cada uno de ellos se llama, aun ahora, de Juan. Conviene prestar atención a este punto, porque es verosímil que el segundo, caso que no haya quien no esté por el primero, fuera quien tuvo la Revelación o Apocalipsis que lleva el nombre de Juan...»

Como se ve, Eusebio aprovecha a este Juan «el Anciano», para zanjar la dificultad que en su tiempo sentían algunos de atribuir el Apocalipsis al mismo autor del cuarto Evangelio, que nadie le discutía al «evangelista» Juan, discípulo del Señor. En realidad, los modernos racionalistas han seguido el ejemplo de Eusebio y han echado ávidamente mano de este fantasmal Juan «el Anciano», para desembarazarse del molesto testimonio del que cuenta lo que vio y oyó y con sus manos palpó del Verbo de la vida. Sea lo que fuere del sentido definitivo de las palabras de Papías,⁵ aún entendidas en su tenor más obvio y admitiendo la existencia de ese presbyteros Juan, distinto del apóstol, hijo de Zebedeo y hasta concediéndole un papel relevante en la vida de la Iglesia de Éfeso, es una exorbitancia hacer de él, por mera construcción crítica, el autor de una de las obras, aún dentro de lo humano, más geniales, más personales, más incitadoras y perennes de la literatura universal: El cuarto Evangelio. Juan «el anciano» no vuelve a emerger de la penumbra histórica, fuera de esta revuelta cita de Papías, hasta otra mención que de él hace Dionisio Alejandrino a mediados del siglo III. En cambio, la tradición joánica del cuarto Evangelio es un río que se dilata a lo largo de los siglos, en cuyas aguas, junto a los grandes nombres de los Padres de Oriente y Occidente y la unanimidad de los manuscritos, las modernas objeciones racionalistas no pasan de pajuelas o leños flotantes, condenados irremediabilmente a perderse en cualquier rincón de las aberraciones humanas.⁶

5 Para la bibliografía remito a Altaner, *Patrologie*, páginas 58-59.

6 Véase el análisis y discusión del texto de Papías en L. de Grandmaison, *Jesucristo*, p. 154 y sigs. Barcelona, 1932. Naturalmente, la traducción que allí se da es traducción del francés con todas sus consecuencias.

Eusebio no juzga muy benévolaente el talento de Papías y, realmente, al calificarle de «hombre de mente en extremo estrecha», no parece que le calumnie, pues funda su juicio en la lectura de los cinco libros exegéticos y algunos de los fragmentos hasta nosotros llegados no hacen sino confirmarlo. Tales son los referentes al milenarismo y a las leyendas sobre la suerte de Judas. En cambio, el mismo Eusebio tiene en alto aprecio y cree un deber consignar en su Historia de la Iglesia los testimonios sobre la composición de los dos primeros Evangelios, los de Mateo y Marcos; testimonios que son, efectivamente, el primer eslabón en la cadena de la tradición que se da la mano con los apóstoles mismos.

Los autores posteriores a Eusebio apenas si añaden nada esencial a la vida y obra de Papías. San Jerónimo parece no haberle conocido sino a través del mismo Eusebio y también tropieza con la mención del «doble Juan», que le viene como anillo al dedo para dar satisfacción a los que no admitían al apóstol como autor de las dos últimas cartas joánicas, sino que se las regalaban al famoso «anciano», cuyo destino parece ser sacar de apuros a los críticos.⁷ A Papías hace también San Jerónimo cabeza del milenarismo, siguiendo también aquí un rumor ajeno: «Dícese que fue este quien sacó a luz una judaica deutérosis o segunda venida del Señor y le siguieron Ireneo y Apolinar y todos aquellos que dicen que después de la resurrección ha de reinar el Señor en la carne con sus santos.»

Naturalmente, no es de este lugar entrar en el fondo de las cuestiones que suscitan los testimonios de Papías; sí, verter lo más fielmente posible (y no es tarea muy fácil, siquiera por ser la vez primera)⁸ estas reliquias preciosas, que nos traen la emoción pura de ser también nosotros oyentes de Juan y de los demás que vieron y oyeron y con sus manos tocaron al Verbo de la Vida. Ofrezco, pues, al cristiano y curioso lector del texto íntegro de Eusebio, con la debida distinción tipográfica entre el comentario del historiador de la Iglesia y el testimonio mismo de Papías; otro texto de San Ireneo sobre el milenarismo y otro, finalmente, de Apolinar (de tradición indirecta) sobre Judas y su destino.



⁷ De vir. Inl. 18.

⁸ Por lo menos, directamente del texto griego y en lo que alcanzan mis noticias. En cambio, aprovecho ya la ocasión para rectificar mi error de que la *Didaché* no hubiera sido antes traducida al castellano. Lo fue ya por el gran helenista Luis Segalá, en la colección de «Obras escogidas de Patrología griega», tomo I, Barcelona, del que ignoro si pasó adelante la colección. ¡Quiera Dios depararnos mejor suerte a los que estamos empeñados en la misma noble empresa de llamar y convidar a todos los sedientos de verdad a las fuentes «do mana el agua pura...»

FRAGMENTOS DE PAPIÁS

I

SOBRE EL MILENARISMO

Cuando también la creación renovada y libertada fructificará muchedumbre de todo género de comida, del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra, como los ancianos que oyeron a Juan, discípulo del Señor, recuerdan habérselo oído a él, de qué manera enseñaba y hablaba el Señor sobre aquellos tiempos:

«Vendrán días en que nacerán viñas que tendrán cada una diez mil cepas y en cada cepa brotarán diez mil sarmientos y en cada sarmiento diez mil racimos y cada racimo diez mil granos y en cada grano, prensado, dará veinticinco metretas⁹ de vino. Y cuando alguno de los santos tomare uno de aquellos racimos, otro gritará: «Yo soy racimo mejor, tómame a mí, bendice por causa mía al Señor».

Igualmente, se dará en grano de trigo que germinará diez mil espigas y cada espiga tendrá diez mil granos y cada grano producirá cinco bilibras de harina clara y limpia.

Y así de las demás frutas y semillas y hierba, conforme a la conveniencia de cada una.

Y todos los animales, usando de aquellas especies de comida que se reciben de la tierra, se convertirán en pacíficos y unidos entre sí, sujetos a los hombres en toda sujeción.»

De esto da testimonio por escrito Papías, oyente de Juan y compañero de Policarpo, varón antiguo en el cuarto de sus libros. Pues tiene, en efecto, escritos cinco libros y añadió diciendo:

«Ahora bien, estas cosas son creíbles para los creyentes. Y como Judas —dice—, el traidor, no creyera y preguntara: «Entonces, ¿cómo serán hechas por el Señor semejantes criaturas?», respondió el Señor: «Lo verán los que vendrán en aquel día.» (Ireneo, V, 33, 3 y sigs.)

9 La *metreta*, medida ática de líquidos, equivalía a 39,294 litros; cf. Zorell, Lex. N. Test. S. v.

II

LA OBRA DE PAPIÁS

Relato de Eusebio

Cinco son los libros que llevan el nombre de Papías, titulados: *Explicaciones de sentencias del Señor*. De estos hace mención Ireneo, como únicos escritos por Papías, en los siguientes términos: «Esto atestigua también por escrito Papías, que fue oyente de Juan y compañero de Policarpo, varón antiguo. Porque fueron por él compuestos cinco libros.» Esto afirma Ireneo.

A la verdad, Papías mismo, en el prólogo de sus discursos, no se presenta nunca a sí mismo como oyente y como testigo de vista de los sagrados apóstoles, sino que enseña haber recibido las doctrinas de la fe de los que conocieron a los apóstoles y así dice:

Prólogo de las explicaciones

«No tendré inconveniente en ofrecerte ordenadas a par de mis interpretaciones cuantas noticias un día aprendí muy bien y muy bien grabé en mi memoria, de cuya verdad puedo responder. Porque no me complacía yo, como hacen la mayor parte, en los que mucho hablan, sino en los que dicen la verdad; ni en los que recuerdan mandamientos extraños, sino en los que recuerdan los que fueron dados por el Señor a nuestra fe y que proceden de la Verdad misma. Y si se daba el caso de que alguna vez se presentara alguno de los que habían seguido a los ancianos, yo trataba de discernir los discursos de los ancianos: Qué habían dicho Andrés, qué Pedro, qué Felipe, qué Tomás o Santiago, o qué Juan o Mateo o cualquiera otro de los discípulos del Señor; igualmente, lo que dicen Aristión y el anciano Juan, discípulos del Señor. Porque no pensaba yo pudieran los libros serme de tanto provecho, como lo que venía de la palabra viva y permanente.»

Comentario de Eusebio

Conviene detenerse en el hecho de que Papías enumera dos veces el nombre de Juan, de los que al primero le pone en lista de Pedro y Santiago y Mateo y demás apóstoles, indicando con toda claridad al evangelista; y al segundo Juan, después de puntuar la oración, lo coloca aparte, fuera

del número de los apóstoles y le da claramente el sobrenombre de «anciano». De suerte que también por este testimonio se comprueba la verdad de la historia de los que dicen que hubo en Asia dos que llevaron el mismo nombre de Juan y que existieron en Éfeso dos sepulcros, que se dicen, aún hoy día, ser uno y otro de Juan. Es necesario prestar atención a estos hechos, pues es verosímil que fuera el segundo, caso que alguno no esté por el primero, el que vio la *Revelación* que lleva el nombre de Juan.

Ahora bien, este Papías, de quien hablamos ahora, confiesa que recibió los discursos de los apóstoles de boca de quienes habían acompañado a aquellos; en cambio, de Aristión y de Juan el Anciano dice haber sido él mismo oyente. En todo caso, muchas veces los cita nominalmente y pone las tradiciones de ellos en sus propios escritos. Quede, por nuestra parte, dicho todo esto, no sin provecho.

Otros relatos de Papías

Por lo demás, vale la pena añadir a las citadas palabras de Papías otros relatos suyos, en que cuenta algunos casos prodigiosos, como llegados hasta él por tradición. Anteriormente citamos ya lo referente a la estancia en Hierápolis del apóstol Felipe, juntamente con sus hijas; ahora hemos de señalar como Papías, que convivió con ellos, hace mención de cierta historia maravillosa que recibió de las hijas de Felipe. Cuenta, en efecto, que se dio en su tiempo la resurrección de un muerto; y, sobre ése, otro prodigio sucedido a Justo, por sobrenombre Barsabás, quien, habiendo bebido un veneno mortífero, no sufrió molestia alguna por la gracia del Señor. A este tal Justo, cuenta el libro de *Los Hechos* que le pusieron los sagrados apóstoles, después de la ascensión del Señor, juntamente con Matías y rogaron sobre ellos, en lugar del traidor Judas, con el fin de completar por suerte el número de ellos: «Y pusieron dos, a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo y a Matías. Y hecha oración, dijeron...»

Y así por el estilo relata Papías otras cosas, llegadas a él por tradición oral, lo mismo que ciertas extrañas parábolas del Salvador y enseñanza suya y ciertas cosas más fabulosas todavía.

El milenarismo

Entre esas fábulas hay que contar no sé qué milenarismo que ha de venir después de la resurrección de entre los muertos, con un reino de Cristo que ha de establecerse corporalmente en esta misma tierra. A mi ver, Papías tuvo semejante idea después de recibir las narraciones de los apóstoles, por no haber comprendido lo que estos dijeron en ejemplos de sentido místico. En efecto, a lo que cabe conjeturar de sus mismos discursos, fue hombre de inteligencia sumamente pequeña. En cambio, arrastró a su misma opinión a los hombres de la Iglesia que vinieron tras él y alegaban la antigüedad de aquel varón, como Ireneo y los demás que aparecieron con sus mismas ideas.

Transmite también Papías en su obra otras narraciones de los discursos del Señor, oídos del Aristón ya citado, así como tradiciones de Juan el Anciano. A ellas remitimos a los que tengan interés en conocerlas.

Los dos primeros Evangelios

En cambio, creemos necesario añadir ahora, a las ya citadas palabras de Papías, la tradición que expone acerca de Marcos, el que escribió el Evangelio. Dice así:

«El anciano decía también lo siguiente:

Marcos, que fue el intérprete de Pedro, puso por escrito puntualmente, aunque no con orden, cuantas cosas recordaba referentes a los dichos y a los hechos de Cristo. Porque ni había oído al Señor ni le había seguido, sino que más tarde, como dije, siguió a Pedro, quien daba sus instrucciones según las necesidades, pero no como quien compone una ordenación de las sentencias del Señor. De suerte que en nada falló Marcos poniendo por escrito algunas de aquellas cosas, tal como las recordaba. Porque en una sola cosa puso su cuidado, en no omitir nada de cuantas cosas había oído y en no mentir absolutamente en ellas.»

Tal relata Papías acerca de Marcos. Sobre Mateo dice lo siguiente:

«Mateo escribió en lengua hebrea las sentencias (del Señor) y luego cada uno las interpretó según su capacidad.»

El mismo Papías alega testimonios tomados de la primera epístola de Juan e igualmente de la

de Pedro. Expone además otra historia sobre la mujer calumniada de muchos pecados ante el Señor, historia que se contiene en el *Evangelio según los hebreos*. También esto nos ha parecido necesario conservarlo, aparte de lo ya expuesto.»

(Eusebio, *Historia de la Iglesia*, III, 39 y sigs.)

III

SOBRE LA SUERTE Y CASTIGO DE JUDAS

De Apolinar. Judas no murió en la horca, sino que sobrevivió por haberse soltado antes de ahogarse. Y esto ponen de manifiesto *Los hechos de los Apóstoles*: «Habiéndose hinchado, reventó por medio y se derramaron sus entrañas.» Pero más claramente lo cuenta así Papías en el libro de su *Explicación de los discursos del Señor*:

«Como ejemplo grande de impiedad anduvo en este mundo Judas, quien llegó a hincharse de tal modo en su carne, que no podía pasar ni siquiera por donde pasa fácilmente un carro. Y no solo su cuerpo, mas ni siquiera la mole sola de su cabeza. Porque dicen que los párpados de sus ojos se hincharon tan enormemente que ni él mismo podía absolutamente ver la luz ni era posible verle los ojos aún con auxilio de un antejo de médico. A tal profundidad estaban de la superficie exterior... Y después de muchos tormentos y castigos, murió, como dicen, en un lugar de su propiedad, que quedó despoblado y desierto hasta el presente, a causa del mal olor. Es más, hasta el día de hoy no puede nadie pasar cerca de aquel lugar, si no se tapa las narices con las manos. Tan enorme fue la putrefacción que se derramó de su carne sobre la tierra.»

(Textus constitutus est e catena ad acta SS.Apostt. ed Cramer. Oxon. 1838, p. 12 sig., etc.)

0-0-0-0-0-0

Fuente:
Padres Apostólicos II,
Carta y Martirio de San Policarpo y otros Escritos Primitivos
Introducción y Versión por P. Daniel Ruiz Bueno,
Librería Parroquial de Clavería, S.A. de C.V. México, D.F
Con imprímase en Madrid, junio de 1946
Páginas de la 145 a la 165

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora